mirativa nos estimula a buscar partidas de bautismo, datos psicológicos, la trepidación de su vida, su conducta frente al mundo, al realizar la trayectoria de su existencia en la peripecia de sus menesteres cotidianos de funcionarios públicos o profesionales, de sus luchas, de sus gestos o de su origen. Martínez Arzanz nos ha dejado hasta el presente momento la tercera dimensión de su personalidad, que es su obra intelectual, mientras las otras dos, su vida física y su vida psicológica, quedan transitoriamente envueltas en el cono de sombra que produce el reflejo de su propia gloria.

La gloria literaria en la mayoría de los casos está vinculada al misterio personal de sus creadores. La evocación hace que desfilen un tropel de nombres egregios y conocidos de las letras universales, cuyas biografías tienen su mejor historia en su propia obra, y a todos ellos les sería grata aquella tradición que anunciaba que los dioses habían conferido a Homero la gracia de volver entre los griegos después de muerto, para saber si su recuerdo se conservaba y si sus cantos no habían sido olvidados. Se cuenta que el alma del poeta se regocijó, sintiendo cómo su memoria perduraba entre aquéllos cuyas glorias había cantado. Tal el destino de Nicolás de Martínez Arzanz y Vela.

Gustavo Adolfo Otero

1943.

NOTA. — El texto original que ha servido para esta edición ha sido copiado de la Biblioteca Nacional de Sucre. Se ha adoptado la ortografía actual para facilitar la lectura y por tratarse de una obra de difusión cultural, conservándose inalterable la arquitectura y forma de su redacción.

G. A. O.

PROLOGO AL LECTOR

EL grande deseo que en muchos de mis compatriotas y de otros hombres de varias Provincias del Orbe (avecindados en esta Imperial Villa de Potosí, doctos unos, y otros que no lo son) he conocido, de ser escrita la Historia desta famosa quanto memorable Villa, me le pudo adelantar en mí; que también estaba en el mismo deseo, para emplear mi talento (bien que pobre) en un asunto que le había menester muy rico, satisfaciendo en parte a tantos loables deseos. Pienso, pues, que sólo mi voluntad se puede agradecer, porque si bien el trabajo no ha sido pequeño, la obra como mía no puede ser grande. No es menos el motivo que por su parte me ha dado el famoso CERRO POTOSI para escribir esta Historia, pues está claro que si él no se representara tan poderoso con su incomparable riqueza, no había para qué cortar la pluma y correr con felicidad líneas que me acarrearón devotos. El nombre deste gran Rey de los Cerros y Emperador de los Montes es conocido en quanto mira el sol; y sus efectos experimentan todos los vivientes; grandeza sin igual ¡admiración portentosa! Pues ¿cómo no había de tener motivos para principiarla y motivos para fenecerla? Y más cuando con ojos de plata puedo asegurar que me ha mirado para su Autor, y con lenguas de varios metales ha alentado mi pluma para su desempeño; y que juntamente me ha mostrado el

corazón, para que con más eficacia diga a los hombres, que de ver sus necesidades se le rompen sus entrañas, y que para remediarlas les ofrece el rosicler de sus venas. Confieso también que movido del amor de la patria he querido emprenderla; y con razón, pues entre los más atractivos afectos de los humanos es cosa experimentada ser grande (sin comparación) éste de la patria, loable su cariñoso amor, con impulso entrañable: justamente encarecido de natural y intenso. Así Valerio Máximo lo iguala al de los Dioses, y le hace **mayor** que el de padres y hermanos. San Agustín le pone en segundo lugar, y muchos la prefieren a su propia vida: entre los cuales se cuenta Curcio Scévola, Marco Bruto, Cayo Mario (Romanos los cuatro), Codro, Rey Ateniese; Menelao Tebano; Anacoro, hijo del Frigio Midas; los Filenos Cartagineses, y la madre de Cleómenes. Sólo de Sócrates, refiere Plutarco, no quería llamarse griego, sino ciudadano del universo. Con estos motivos y autoridad de Aristóteles, afirmando ser el lugar natural conservativo de lo que en él se cría, por donde ama cada uno tanto la patria como su perfección, ofrezco yo a la mía, discreto lector, este pequeño cuanto afectuoso servicio, publicando y proponiendo al Teatro del Mundo, con limpia y cándida intención, un trabajo de mayor voluntad que merecimiento. Con que me parece cumplir en algo con la obligación de hijo suyo: manifestando, general y particularmente, sus grandezas y riquezas, con los memorables sucesos que en ella se han visto; aunque para hacer ostentación y alarde de todo, podrán mejor y más elocuentes plumas que la mía. Verdad es que son muchas las que con alto vuelo han proporcionado particularidades desta materia con el caudal de sus grandes talentos; pero no se debe extrañar que salga a luz esta mi general Historia. Utilidad tendrá mi trabajo, siquiera para que, guisado de diferente suerte, despierte y avive el apetito de saber más largamente lo que ello contiene. Cuánto y más que, por mucho que se escriba, siempre hay más que escribir. No es justo que haya límite ni tasa en ésa, sino muy provechoso que se escriban muchos tratados, por ser los gustos de los hombres tan varios, que han menester mucha variedad de doctrina, porque unos gustan de una, y otros, de otra. Bien conozco la cortedad con que declaro la mía, mas no por eso dejaré de llevar adelante mi designio: el cual es (como llevo dicho) sacar a luz el compendio Historial de la Villa Imperial de Potosí, sus incomparables riquezas, sus guerras civiles y casos memorables, re-

cogiendo algunos granos después de tantas cosechas escondidas al sordo riesgo del olvido: que los escritores son como los que siegan o vendimian, que aunque llevan la mayor parte, no todo: siempre (conforme a la ley) queda la espiga o el racimillo para el pobre

yo de los segadores de hoz; mas con Ruth andaré cogiendo las espigas que se les quedaron: que como las quiero para mi pobre caudal, confío en Dios N. S. saldrá mi medida colmada. De tan grande empresa como la que yo he tomado, pretendieron también darle el colmo don Antonio de Acosta, noble lusitano (que escribía en su idioma); D. Juan Pasquier, andaluz; el Capitán Pedro Méndez y Bartolomé de Dueñas, peruanos entrambos, y todos cuatro vecinos desta Imperial Villa; mas no lo consiguieron. Pues aunque la de D. Antonio se imprimió en Lisboa, es su Historia harto limitada; donde sólo se refieren algunos casos particulares, con las tres destrucciones desta Villa: cuales fueron, el derramamiento de sangre en aquellas memorables guerras de los Vicuñas; la inundación de la laguna de Cari-cari; y la rebaja de la moneda, que hizo el presidente Don Francisco de Nestares Marín. D. Juan Pasquier tradujo esta Historia en castellano, y añadió todo lo sucedido en su tiempo. Esta y las otras dos Historias no se acabaron de escribir, por fallecimiento de D. Juan Pasquier, y varios acaecimientos de los dichos Méndez y Dueñas. Otros forasteros y naturales la emprendieron, sin efecto: quizá por estar reservada a mi corta pluma el lleno de su grandeza: si bien será valiéndome de todos sus escritos. Pues aunque algunos refieren los sucesos y demás cosas con algo de diferencia, mas esto mismo me hace la relación sin sospecha de engaño de lo que la debilito en la opinión de la verdad. Porque donde las cosas se compadecen las unas con las otras (como notaron S. Agustín y S. Crisóstomo en la sagrada Historia de los cuatro Evangelistas) claramente se ve que por divina providencia, unos autores apuntan lo que los otros dejan, para que, sin sospecha de engaño, vengan todas a nuestra noticia: porque cuanto menos sus escritores las acompañan de las mismas circunstancias, y siguen por la misma orden, tanto es más cierto que no se aunaron en fingir alguna. De todos estos escritos y relaciones he procurado ayudarme, tomando de cada uno lo cierto y averiguado; esto es de lo que he dejado de sacar de historias impresas. Y si me hicieran el cargo que a Virgilio, padre de la poesía, hicieron, de haberme

aprovechado de trabajos ajenos, responderé docta y agudamente, por ser suya la respuesta: **De grandes varones es sacarle a Hércules la maza de su mano.** Mas con toda esta ayuda (que no en todo puede haber sido), digo, que mostrándoseme el asunto bastante arduo, confieso haber desmayado en medio dél, por ser las tinieblas donde anduve de varias maneras muy confusas, los senderos poco trillados, que harta dificultad es remover lo antiguo postrado, buscar luz a lo obscuro, y dar hermosura a lo desfigurado: mas animóme el dicho del poeta Menandro: **No dese**

rancia; porque acabado, nunca del todo satisfizo el ingenio al deseo. Pero ¿qué pluma, qué imaginación, qué entendimiento, qué sutileza podrá explicar cumplidamente la gran riqueza que se ha sacado y se saca hoy del cerro de Potosí? ¿La máquina de millones de plata que ha dado de quintos a sus Católicos Monarcas? ¿Las grandezas de su nombrada Villa? ¿La caridad y liberalidad de sus moradores? ¿La Fe y veneración que tienen al culto divino, y asimismo los piadosos castigos (pues siempre son) de la mano de Dios, que ha experimentado por sus culpas ocasionados, a más de la riqueza de sus habitadores y sobra de corporales bienes, también efectos del dominio riguroso de sus estrellas, a que con el libre albedrío pudieran oponerse? Mas ya que cumplir con todo a nadie se concede; y como dice Aristóteles: **Si no puede hacer lo que deseas, desea lo que hacerse puede,** he procurado con no pequeña fatiga y asistencia (si bien gustosa) de los Libros, en tanto número como se verá en el discurso de la Historia, citando sus Autores: pues sin los cuatro arriba mencionados, pasan de treinta y seis los que han escrito varios casos, grandezas y otras particularidades desta Villa, entrando en este número catorce coronistas del Perú, fuera de varias relaciones, noticias, archivos y otros papeles manuscritos que ha diligenciado mi curiosidad, sacando de la flaqueza fuerzas, de la cobardía corazón, del temor aliento, y del peligro ánimo por pagar en parte lo que debo a lo glorioso de tan buen empleo, y ser el primero, aunque también ofrezco segundo, pues al mismo costo tengo en principios otra obra intitulada: **Nueva y general población del Perú;** que sacaré a luz después desta, si Dios N. S. fuese servido. Y en la presente vuelvo a confesarte la verdad, amantísimo Lector, que bien conozco mi mal limada prosa y estilo, pues no debo a la Gramática lo utilísimo de su lengua latina, loable y nunca bien encarecida costumbre de la

gente noble, pues granjean con la noticia de ella energía en las palabras, disposición gallarda en ellas, elocuencia en el decir, prontitud en el modo, modestia en la elección y, lo que no es menos estimable, propiedad en las locuciones, partes muy necesarias en los prudentes y eruditos historiadores. Pero careciendo de tamaño bien, me valdré de lo que escribió la divina pluma de Jerónimo al Sumo Pontífice San Dámaso: **Mejor parecen verdades toscas, que mentiras elegantes**; siendo imposible ocultarse su luz, aunque la procuren obscurecer tenebrosas envidias, por ser clarísimo sol que resuelve cavilosas nubes. Y (como advierte Tertuliano) no tiene necesidad de defensa, aunque en el mar de la mentira asalten corsarios del engaño, mostrando entonces mayor fortaleza, siempre de tan gran precio; que preguntando un Filósofo a Pitágoras: **cuál virtud podía hacer al hombre más semejante a Dios, respondió: la verdad**. Esta pues, con lo grande de la materia^s suplirán los defectos de su autor; que siendo por sí tan excelente, son sus proezas el ornamento, y ellas mismas encumbran el estilo, sin más reparos ni encarecimiento. No obstante, en la narración procuraré hermanar la llaneza del estilo con la verdad de los casos; sin que la claridad decline a bajeza ni el cuidado en afectación; y todo será para deleite y provecho del ánimo; atendiendo también a que lo narrativo agrade por nuevo, admire por extraño, sorprenda por prodigioso, por ejemplar exhorte, si dañoso escarmiente, y si imitable provoque a lo bueno. Que la Historia que se escribe, y lo moral que sobre ella se levanta, es bien que ya que el entendimiento se recrea, y gusta de la curiosidad y cosas raras que trae la historia, que la voluntad también se mueva, y con la moralidad aborrezca el vicio reprehendido, y ame la virtud alabada y todo junto le ayuden a temer a Dios y servirle y ganar el cielo. Y no siendo menos importante la circunstancia del tiempo he procurado señalarle, en cuantos sucesos he podido, poniendo el día y el mes en el cuerpo de la Historia, y el año en el margen, con lo difícil que trae consigo el orden de escribir, no pudiéndose decir todos juntos. Y aunque así ofrezco la Historia de Potosí, juzgo por imposible librarla de malas lenguas; pues cada una tiene licencia de poner sus faltas, y será lo peor y más sensible en aquello que estará más libre de merecerlo. Pero si las obras de S. Jerónimo no se libraron de Rufino; las de Homero, de Zoilo; las de Horacio, de un Nevio; ni de Pierio las de Virgilio, siendo todos tan insignes, ¿cómo se